

de Dios, y la pureza de la conciencia. Con esto vivian los vicios deserrados de aquellos Esquadrones, y reynaban las virtudes. No se oian allí las blasfemias, no los juramentos, no los duelos, no las discordias, no las palabras obscenas; porque todo el empleo del corazon, y de los labios, era pedir à Dios misericordia, y invocar continuamente el Dulcísimo Nombre de Jesus. Andaba el Santo tan embebedo en estos piadosos afanes, que en todo el tiempo de la Campaña no le vieron dormir, ni comer sino por ceremonia. Persuadiendole los Cabos del Exercito, y sus Compañeros, à que tomasse algun alimento, para reparar las fuerzas del cuerpo, respondia las palabras de Christo à sus discipulos: *Ego cibum habeo, quem vos nescitis. Yo tengo otra comida que vosotros ignorais.* Sin duda seria esta comida: ò el cumplimiento de la voluntad del Padre, ò aquella grande dulzura de la Divina Bondad, que tiene Dios reservada para sus pobres, y que nadie la conoce, sino el que la gusta.

Despues de tan tantas diligencias, como dexo referidas, en que consisten las principales armas, è industrias de los Christianos, para vencer à los enemigos de la Cruz; añadia Capistrano todas aquellas, que suele, y debetrazar la sagacidad, y valor de vn diestro Capitan, para suplir en los suyos el defecto, ò desigualdad de las fuerzas. Aquella misma noche, en que el Turco hizo encender fuegos en todas las tiendas de su Campo, dispuso el Santo, se hiziesse lo mismo en el nuestro; y puesto en la margen del Rio, les dezia con intrepido valor: *Barbaros enemigos de Christo, tened bien entendido, que os respondemos en vuestra misma lengua. Si con las de las llamas nos intimais estragos; tambien con ellas, y en ellas mismas*

*os anunciamos vuestros escarmientos.* Para hazer mas creible à los Turcos la ofensiva, y animosidad de nuestra gente, mandò que de alli en adelante todas las noches, así en los Castillos, como en las tiendas se hiziesse vn continuado, y festivo estruendo compuesto, y mezclado del estrepito de tambores, clarines, campanas, y otros rústicos instrumentos menos apacibles, que ruydosos. Tuvo este ardid aquel feliz efecto, que el Campo de los Israelitas à la frente de los Filisteos; porque con la alegría, que manifestaban nuestros Reales, se conternaron los Turcos, persuadidos, à que todo el Orbe Christiano avia tomado las armas, para el ultimo exterminio de su festa. Con esto quedó el Santo en el juyzio, y opinion de los Cruzados tan acreditado de Vlisses por la sagacidad, como lo estaba de Achilles por el valor.

## CAPITULO IX.

*ASSALTAN LOS TURCOS PRIMERA VEC à Belgrado: Rebazanles los Cruzados: El valeroso espíritu, con que se portò San Juan de Capistrano, en esta ocasion.*

**A**L passo que la animosidad, y zelo de la Santa Fie en el corazon del Siervo de Dios, crecian en Mahomet las iras, con que anhelaba faciar la sed rabiosa de su corage en la sangre de los Christianos. Continuò à este fin las baterias con tan obstinado empeño, que el dia veinte y vno de Julio, por la mañana tenia echada por tierra la mayor parte de la muralla del primer Castillo. No bastaban ya en los nuestros, ni las fuerzas para el reparo, ni las industrias para el disimulo, con que se temia por instantes el asalto general.

Co-

Como se temia, así sucedió; porque este mismo dia, al descubrir sus luzes la Aurora, dexò de jugar la Artilleria de los enemigos, y pusieron sus trincheras sobre el Fosso. Abançaronse, no sin pérdidas à allanarle, atrojando en él la exorbitante multitud de faginas, prevenidas à este efecto; en que, sin saberlo ellos, fabricaban pyra, y sepulchro à su misma temeridad, como se verá despues.

El General Huniades, que desde la última reconcion de Capistrano, hasta este punto, se avia mantenido constante; viendo aora tan de cerca las prevenciones para el asalto, abandonò la Fortaleza, dexandola encomendada al Governador Zilago, y se encaminò al Campo en busca del Siervo de Dios, para conferir con él la rendicion, ò entrega de la Plaza. Luego que le diò vista, se fuè à él abiertos los brazos, y echandofelos al cuello, bañados los ojos en lagrimas, suspirò, diciendo: O Padre, que ya estamos perdidos! Muchas vezes he vencido à estos Barbaros, y siempre con la fuerza de la industria aun mas que con la de las armas: pero en esta ocasion, ni ay fuerza, ni restan industrias, para rebatirlos; y solo resta experimentemos sobre todo el rigor de la guerra el de su irritada ferocidad. Probemos, Padre, probemos la fortuna de entregar o por eleccion, lo que mañana se tomarán por violencia; y no demos lugar à que vean nuestros ojos arder los Templos, y anegarse las calles en sangre de Christianos. Si, Padre, esto sucederà sin duda, à no hazer Dios vna de sus grandes, y estupendas maravillas. Oyòle el Siervo de Dios, mas compasivo, que temeroso; y con toda la serenidad del animo en el semblante, le respondió, diciendo: Y pues, Señor, que le parece à V. Excelencia es, lo que yo espero

del favor, y poder Divino, sio es esta grande, y estupenda maravilla? Si, Señor: si Señor: esto espero, y esto creo; y no bastarán à hazer tribucar esta firmeza todas las lenguas mas eloquentes de los hombres, ni de los Angeles; ni todos los cuchillos de los Barbaros puestos à mi garganta. Antes falsearán los exes, sobre que se mueve esta hermosa Máquina de los Cielos, que falte la verdad de las palabras de Dios; y teniendo la su Bondad empeñada à favor de los que en él confian; y muy particularmente à favor de esta causa, que es toda fuya: seria el temor en mi vna necedad, vn delito, que ni tuviera excusa, ni mereciera perdón. Yo me mantengo, Señor, y me mantendrè siempre fijo en este distanciamiento en cuya consecuencia le suplico rendidamente, y con toda la humildad posible, tenga à bien de quedarse en el Campo con el mando de las Tropas, y à mi me permita proseguir la defensa de la Fortaleza. Así respondió el Santo; y no podia menos de responder así; estando, como estaba, asegurado de la Victoria, y prevenido de Dios por medio de la Divina revelacion; cuya verdad avia ya empezado à desempeñarse con los prodigios, y feliz exito de la Batalla Naval. La falta de confianza, ò el exceso de temor en el General Huniades, à quien avian hecho célebre en el Orbe sus illustres hazañas; y que tenia altísimo concepto del portentoso Espiritu de Capistrano: parece no pudo menos de ser vna de aquellas venerables, y sabias permisiones de la Providencia Divina, con que dexa desembarazado el campo, para que resplandezcan mas despejadamente las obras de su poder.

En fin con la respuesta del Siervo de Dios respirò el General algun tanto,

to, aunque no dexó de passar de temeroso à confuso: y aviendo convenido, en que Capistrano profugiese el empeño, suspendió la retirada, y el juicio. Con esto el Santo escogió quatro mil de aquellos Cruzados, que le parecieron mas à propósito, y con ellos se entró en la Plaza, hasta ponerlos en las brechas. Aquí les hizo vna breve, pero efficacísima exhortación, qual se dexa discurrir del ardor de aquel Espíritu en vrgencia de tanta monta. Persuadiólos à dexar antes la vida, que el puesto; que obedeciesen puntualísimamente al Governador Zilago, de cuyo valor, y destreza estaba llenamente satisfecho. Con estas palabras, y su bendición, encendió en los Soldados los deseos de rubricar con su sangre las verdades de la Fè, de tal manera, que acusaban de perezosas las horas, que les dilataban esta fortuna. Hechas todas estas diligencias, y dadas las ordenes convenientes para la funcion del asalto, que se temia; se retiró el Santo al Campo, donde en la palestra de la oración entró con Dios en nueva lid de amor, y humildad, venciendo à que favoreciese à su Pueblo, mientras peleaba sus Batallas.

Serian ya en esto las tres de la tarde, quando los Turcos, sin dar treguas à su empeño, vencieron el Fosso; y tocando al arma para el asalto, abançaron la cumbre con formidable impetu, y confusa algazara, en que à desmedidos gritos invocaban à su abominable Propheta Mahoma. Opusieronse valerosamente los Cruzados, aclamando sin cessar el Dulcísimo Nombre de JESVS, en cuya inefable virtud, y poderosa eficacia tenían fundadas las esperanças de la Victoria. No pudieron los Barbaros subir la Artilleria por lo empinado de la Montaña; pero suplian esta falta con tanta multitud de balas, y fle-

chas disparadas de arcos, y mosquetes, que llenaban el ayre, y embarazaban el Sol, aunque la virtud Divina hazia fuesen como factas de parvulos, descaminando, ò enflaqueciendo en el buelo toda la fuerza del impulso. Por lo contrario, los Cruzados favorecidos de lo ventajoso del puesto, y mucho mas del auxilio de lo alto, apenas perdian tiro: y mataron innumerables Barbaros tanto, y mas que con las flechas, y balas, con las crecidas piedras, que despeñaban desde las brechas; peleando en esta ocasion contra los Turcos hasta las mismas ruinas.

No obstante esta mortandad, porfiaban los enemigos en el abance con tan barbara fiereza, que atropellandose todos, hazian los vivos etcaiones de los muertos, para ir venciendo la eminencia. Con este tropel, y gran pérdida suya, llegaron à lo estrecho del rompimiento de las brechas, en que se mantenian los nuestros tan firmes, que casi no hazian falta los Muros. Aquí cortaron el impetu, y tuvieron à raya à los Turcos con espada en mano, combatiendo con ellos por mas de tres horas, y matando, ò hiriendo en todo este tiempo à quantos, ò ciegos, ò temerarios buscaban mas de cerca su muerte. Pero como la multitud de Barbaros era tan exorbitante, no cessaban de acometer, reforçando siempre el abance con nuevos tropes de gente: con que lo vigoroso de la resistencia en los nuestros, continuada por casi toda la tarde en el rigor del Estío, fuè poco à poco flaqueando, hasta que al caer del Sol, cayeron tambien, no los animos, sino las fuerzas; y se vieron precisados à ceder el puesto, retirandose con buen orden al segundo Castillo, donde entraron casi arrepentidos ya de la retirada.

Los Turcos, luego que se hizieron due-

dueños de la Plaza de Armas del primer Fuerte, empezaron à fixar sus Vanderas sobre algunos Fortines, que avian quedado menos destrozados de las Baterias. Celebraban su triunfo con griteria, y algazara dobladamente confusa, mezclando entre las aclamaciones de su Profeta Mahoma, las blasfemias, y vtrages de N. S. Jesu Christo. No avia sufrimiento para tanto opróbio en los Soldados, que acababan de retirarse; y azorados igualmente de su mismo pundonor, y del zelo de la Fè; recobraron con vno; y otro las fuerzas, que les avia quitado el passado combate; y hizieron otra salida con espada en mano tan arrojadamente, que rechazaron à los enemigos, desalojandolos de quanto avian ganado, hasta retirarlos fuera de las brechas. En este segundo reencuentro acabó de cubrir la noche, y Mahomet recogiendo toda la ira en el coraçon, mandó à los suyos, que se retirassen. Hizieron la retirada; pero se quedaron tan cerca, que descubrieron bien la intencion de dexar pendiente el asalto. Con esta prevencion se estuvieron los Cruzados en las brechas sobre las armas; batallando, mientras descansaban las manos, no con el temor, sino con la ofensia; y vencieron mucho en refrenarla, para que no se arrojasse à los enemigos, teniendolos tan à los ojos: peligro, en que pudiera el valor precipitarse en temeridad.

## CAPITULO X.

*REPITEN LOS TURCOS EL ASSALTO con barbara impetu: Desampara à Belgrado el Governador: Y defiendela el Siergo de Dios por admirable modo.*

Pocas horas permitió Mahomet al descanso de sus Soldados; porque aquel rabioso corage, que le mor-

Parte V.

dia las entrañas, y le sugeria la vengança de los Christianos, no daba treguas à su coraçon. Por esto, despues de aver prometido grandes premios à los primeros, que en aquella noche fixassen sus Vanderas en la Torre superior del ultimo Castillo, tocó al armasy con nuevo, y mas obstinado empeño, que la vez primera, volvió à repetir el asalto. Hizieron frente los nuestros con mas valor que fortuna; porque como se hallaban quebrantados con el combate passado de la tarde, y desvelo de la noche, saltaron los brazos al coraçon; y aviendo resistido por mas de vna hora al impetu de los Barbaros, se vieron en precision de irse retirando ordenadamente à la segunda Fortaleza por el Puente levadizo, que era la vnica comunicacion de los dos Castillos, como dixè arriba. A esta segunda retirada, que à juicio del Governador Zilago pareció la vltima desgracia, tenia vinculada Dios N. S. con las inventivas maravillosas de su Sabiduria toda la felicidad de esta guerra: y quiso, que el peligro llegasse à los terminos de inevitable, para acabar de probar, y refinar en el crisol del conflicto la fè, y esperança de su bendito Siervo.

Viendo, pues, el Governador en poder de los enemigos el primer Castillo; à muchos de los Cruzados heridos, y à todos faltos de fuerzas, para resistir el asalto del Puente, en que ya se avian empeñado los Turcos, alentados, y orgullosos con la retirada de los nuestros; dió por perdida la Plaza, y solo aconsejaba la fuga. Persuadióla aun mas que con las palabras con el exemplo; el qual signieron, no los Cruzados, sino las Guardias de Huniades, y muchos Ciudadanos. Todos con sus halajas, y familias salieron fugitivos por el Danuvio en ligeras Embarcaciones, con las quales de tal suerte se alejaron del peligro, que se quedaron en pro-

O

por.

porcionada distancia, para ver el exito que tenia.

La fatal noticia del aprieto, con la fuga del Governador, llegó à oídos de Capistrano en presencia del General Huniades; que à la fazon vno, y otro se hallaban en el Campo. No pudo el General contener las lagrimas, que le facò el dolor de tan funesto fracaso: y convertido à Capistrano, le dixo con vivísimo sentimiento: *O Padre! O Padre, y como agora acabará de creer vuestro zelo aquella inevitable desgracia, que temian, y prevenian mis experiencias!* Oyò el Siervo de Dios este cargo en profundo silencio: porque hizo juycio, que en tales circunstancias se veia precisado à responder, y vencer al General, mas con la Victoria de los enemigos, que con la fuerza de las razones: y así, baxando los ojos al suelo, y levantando el coraçon à Dios, se apartò de Huniades, sin hablarle palabra.

Fuese à la Tienda, donde tenia el devoto Crucifixo, de que vsaba en los Sermones; y con èl en la mano derecha, y la Vandera en la siniestra, convocò à sus Soldados brevísimamente. Quando ya los tuvo juntos, y atentos, les dixo: *Hijos Carísimos míos, bien esztais viendo por vuestros ojos, que para defender la Plaza, abandonada del General, y del Governador, solo este Dios, y Señor, es vuestro Capitan. Si ay entre vosotros quien se fie de su Conduzta, y quisiere seguir su Vandera, venga se conmigo: y con la Vandera enarbolada se encaminò àzia Belgrado. Ibase tras èl todo el Exercito; pero el bendito Caudillo, previniendo, que la multitud, mas que defensa, pudiera ser embarazo: se detuvo, y eligiò solos quatro, ò cinco mil, que le parecieron suficientes para la funcion. Con ellos entrò hasta el segundo Castillo à la disputa del Puente. Aquí mandò se retirassen al Campo todos los que sobre la noche avian estado haziendo frente al enemigo. Substituyò*

en lugar de estos à los que entraban de refresco, à quienes añadió insuperable valor vn fervorósísimo razonamiento, que les hizo con tanta eficacia, como brevedad; porque el porfiado combate de los Barbaros no daba lugar à mayores dilaciones. Ya que viò à sus Soldados con las armas en las manos, y resueltos à vender à buen precio la vida, se retirò à la Torre de *Noli timere*; donde considerando, que si el Señor no guardaba la Ciudad, veían en vano, los que peleaban, para defenderla; dexò fixo, y enarbolado en la Torre misma el Crucifixo, que hasta allí avia traído consigo. Hecha esta diligencia, se bolviò al Campo, para estar en todo; y aquí puesto de rodillas, y convertido al Crucifixo, que avia fixado en la Torre, oraba de esta manera: *O Deus meus! O Deus meus! O Altísimè Pater! Veni in adiutorium meum. Veni, & libera Populum pretiosum Sanguine tuo. Veni, noli tardare, Deus meus, ubi sunt misericordia tue antiquae? Veni, ne Turca, & increduli dicant, ubi est Deus eorum.* Todas son palabras formales del Santo, que reducidas à nuestro Vulgar, dicen así: *O Dios mio! O Dios mio! O Altísimò Padre, ven en mi defensa. Ven, y libra à tu Pueblo con tu preciosa Sangre. Ven, no quieras tardar. O mi Dios, donde estàn tus misericordias antiguas? Ven, para que no digan los Turcos, y los incredulos: Qué se hizo el Dios de los Christianos?* No dispararon los Barbaros en todo el progreso del asalto tantas saetas contra los nuestros, como Capistrano al coraçon de Dios en las jaculatorias de sus ardientes gemidos: cuyo efecto se descubriò tan instantanea, y poderosamente, que no solo abandonaron los Turcos la empresa, sino que de nuestra desgracia se fabricaron ellos mismos su ruina.

Sucedìo, pues, que quando los Cruzados se retiraban al segundo Castillo, no pudo lo estrecho del

Puen-

Puente dar à todos passo tan prompto, como lo pedia la urgencia de la necesidad. Con esta, todos los que no hallaron entrada se vieron precisados à irse desfilando disimuladamente àzia vnos Fortines; que en el Muro del primer Castillo avian quedado menos ruynosos. Pudieron lograrlo así sin advertencia de los enemigos: lo primero (que es à lo que mas me persuado) por aquella suave, y fuerte providencia de Dios N. S. con que ocultamente iba guiando los medios àzia el fin de la Victoria; y lo segundo, porque las sombras de la noche, y el tropel confuso del abance, en que estaban todos embébidos; embargaron tanta advertencia. En los Fortines avia reservados muchos barriles de polvora, que la turbulencia del aprieto no diò lugar à retirarlos al segundo Castillo; y àora sirvieron tan à medida de la necesidad; como lo dirà el suceso. Quando vieron estos Cruzados à los Turcos mas empeñados en la disputa del Puente; y que el Fosso del Castillo primero se avia llenado de Barbaros; atropellandose vnos à otros; y pretendiendo todos la entrada en la Fortaleza, con el ansia de ser los primeros en el asalto: sembraron con mucha cautela buena portacion de polvora sobre las faginas, y leña, con que los enemigos avian allanado el passo. Ya que estava cargado de ellos, prendieron fuego los Christianos à quanto hallaron combustible en los Fortines, y ardiendo lo arrojaron sobre la polvora, que tenían sembrada en el Fosso. Con esto respirò de repente vn volcan de llamas, que llenaron el ayre, y dieron tan estruendoso estallido; que se estremeciò la Campaña; y muchos de los Barbaros cayeron en tierra con solo el assombro. Los que estaban amontonados sobre el Fosso, que eran muchos, pecierieron todos abrasados del fuego, ò

sufocados del humo. Los que disputaban el Puente, creyendo ser perdidos, y cogidos en algun ardid, se retiraban atropelladamente, sin saber à donde irse, ni qué hazerle. Los Cruzados del segundo Castillo advertian todo lo que passaba en el primero; y viendo à los enemigos desordenados, y confusos; hizieron nueva salida con espada en mano; y vnendose con los que estaban en los Fortines; acometieron; y cargaron à los Turcos. Buscaban estos sin tino la fuga; pero como à la frente tenían el fuego; y à las espaldas el cuchillo; ninguno de los que entraron en la Plaza escapò con vida; perdiendola à los filos del vno; ò à la voracidad del otro. Mordiasè Mahomet las manos de corage à vista de su fatal estrago; y desuyòle su gente de que le intimasse la retirada; porque todos los que no avian pasado el Fosso, al oír el estruendo, y ver las llamas, que hizieron, y levantaron la polvora, y las faginas; retrocedieron sin eleccion; y como mandados del miedo huyeron desordenadamente à las Trincheras de su Campo, donde aun no creian la seguridad.

Entretanto que Mahomet se componia con su corage, para componer su gente; empezó la de Belgradò à celebrar la buena dicha de la passada funcion con festivas aclamaciones del Dulcísimo Nombre de Jesus; disparos de mosqueteria; y alegres repiques de campanas. Las lenguas de estas fueron los primeros Correos, que llevaron al Campo, y al Danúvio la noticia de tanta felicidad; que tuvo demás, para la alegría, todo lo que avia tenido de menos, para la fe del General, y del Governador. Estaba este detenido en el Danuvio (como dixè arriba) aguardando el exito del suceso; y bien informado de èl, dexò el Rio, y entrò en la Plaza; quando ya anunciaban al dia los primeros crepúcu-

los de la Aurora. Acabò esta de desplegar sus luzes, y de verter duplicada rifa en los semblantes de los Christianos, en quienes con la claridad del dia crecieron los regozijos de la Victoria; porque se dexaron ver mas à lo descubierta sus maravillosas circunstancias. Siendo tan porfiado, y reñido el combate, que durò desde las tres de la tarde antecedente, hasta la alborada del siguiente dia, casi sin intermisiõ; faltaron de los nuestros solos sesenta Soldados: y murieron de los Barbaros tantos millares, que el Fosso, y la Plaza de Armas, siendo capaçisimos, aparecieron llenos de cadaveres, los vnos amontonados sobre los otros, y todos, ò bañados en sangre, ò denegridos del fuego, y del humo: expectaculo bien raro, en que llegó el horror à servir al gozo. Las armas, que quedaron por despojos, fueron tantas, que en todo el espacio que se dilata desde el Fosso, hasta el Puente del primer Castillo, no se descubria el suelo, ni se podia dar passo, sin pisar mosquetes, arcos, y saetas: cuya multitud, formidable aun despues de caída, era à los ojos vivo mostrador del peligro pasado, y nuevo despertador à los coraçones para el agradecimiento.

El del Santo Caudillo à Dios N. S. y la heroica modestia, con que se conuino dentro de los terminos de su nada entre las aclamaciones, y victores de los Soldados, y Ciudadanos: es mas facil à la fe, que à la explicacion. El primero, y el mas señalado entre estas aclamaciones, fuè el General Huniades, que echandole los brazos al cuello, y regandole el rostro con lagrimas de alegria, no sabia, ò no podia desahogar los parabienes de Vencedor de las generaciones de Santo. Probò Capistrano nueuamente serlo todo, correspondiendo à los favores del General humillado, y agradecido: y aunque pue-

diera en esta ocasion confundir su pasada desconfiança, dandole en los ojos con la felicidad del suceso, no lo hizo: porque era el Siervo de Dios tan discreto, y político, como Santo; tan bizarro, y magnanimo, como discreto: y por todos estos titulos no quiso desayrar la magnanimidad de su pecho con la respiracion de su desahogo: contentandose con dexar la satisfaccion de su cargo à querra del buen juicio del General; quera sin duda contra su passada incredulidad formaria de su mismo conocimiento acusacion, sentencia, y castigo.

## CAPITULO XI.

*PIDEN LOS CRUZADOS LA BATALLA Campal: y disponela Dios N. S. con vna maravillosa traza de su Sabiduria contra el dictamen del General y de sus Capitanes.*

**L**egò ya el tiempo determinado de la Divina Sabiduria, para conceder à los Catholicos por los meritos, y oraciones de su Fiel Siervo Capistrano la completa Victoria de los Turcos: y profugiendo Dios N. S. el estilo, que avia tomado en otra guerra, de conducir à los nuestros al triunfo por los desavios del peligro; avivò en los coraçones de los Cruzados mas esforçadamente que nunca los deseos de salir al Campo, à buscar al enemigo, para esperarle en Batalla, ò acometerle en sus trincheras. Discurrían como Visoños, aconsejandose solamente con los fervores de su ardimiento, y con la felicidad de las passadas funciones: porque sin duda ignoraban, que las prifas de vn fervor, y las alegrías de la prosperidad suelen ser poco discretas; y menos seguras para consejeras. Parreciales, que aviendo retirado el enemigo con pérdida, y desorden, era mas que infalible la consecuencia de su total exterminio, si antes que se reparasse, se le acometiesse:

Con

Con este motivo, sin pensar, ni prevenir otros inconvenientes, para cautelarios, pedían con ansias la Batalla al Santo, y al General.

El Siervo de Dios, empero, el General, y el Governador, que miraban este assumpto con mas peso, y experiencia, fueron de muy opuesto dictamen. Veían, que si los nuestros dexaban del Castillo al Campo; perdian la gran ventaja de la eminencia, y la de pelear cubiertos con enemigo descubierta; y que al mismo tiempo lograria Mahomet todos los excessos, que nos llevaba en Gente, Cavalleria, y armas: porque aunque de todo avia perdido mucho en las passadas funciones, todavía le quedaban mas de treientos mil Turcos con toda la Artilleria. Llegabase à esto, que el Legado Pontificio tenia prevenido desde Buda à Huniades, y à Capistrano, que por ningun acontecimiento entrassen con el enemigo en funcion de Batalla; porque esperaba en breve los focorros prevenidos de los Principes de la Liga; con cuya Gente, en grossadas nuestras Tropas, podrian salir al Campo, si aun entònces se comprehendiese con madura reflexion la felicidad del suceso. Movido el General de todas estas razones, àprobadas en Consejo de Guerra por el Siervo de Dios, y los Cabos principales del Exercito: hizo publicar vn Vando en el Campo, y en la Ciudad, en que mandaba con pena de muerte, que ninguno de los Cruzados passasse el Sava, ni saliesse de la Plaza à buscar al Enemigo. Vno Capistrano en esta determinacion, tan prudentemente acordada; porque aunque de parte de Dios estaba asegurado de la Victoria; no sabia por entònces quando, ò como se avia de conseguir; y mientras esta particular providencia del mismo Dios no le empeñaba en los medios arduos, y difíciles, se aveglaba à los

Parte V.

comunes, y naturales, como prudente. Mas, que en vano se afanan los consejos de la prudencia humana contra las fuertes, y suaves disposiciones de la Sabiduria Divina!

Al mismo tiempo, que en nuestro Campo, y en Belgrado se estaba prohibiendo à los Cruzados la Batalla con pena de muerte, la estaba Dios trazando por el modo portentoso, que ya digo. Persuadido Mahomet à que con el motivo de su pérdida, y retirada avia de hazer salida nuestra Gente en prosecucion del rompimiento del cerco, y levantamiento del sitio, tratò de volver sobre si; y el forçando su soberbia contra su misma infelicidad, sacò de las Trincheras (donde ya se avia fortificado) las dos partes de su Exercito, para ordenarlas en Batalla. Y como todo el grueso de su Cuerpo era tan descomunal, y exorbitante se viò precisado à partirlas en dos trozos, para que aun todo el ambito de la Campaña no le viese estrecho. Con la vna de estas dos partes, que constaba de ochenta mil hombres, formò su Campo en dos Lineas, poniendo en ellas ochenta tiros de Artilleria. De la otra parte, que quedaba; sacò cien mil Turcos, y con los cien Tiros restantes (porque entre todos eran treientos, como arriba dixè) los puso en las Trincheras à vno de dos fines; ò para rehazer las Lineas; ò para cubrir la retirada, en caso, que lo pidiesse la necesidad. Finalmente, vn buen trozo de Cavalleria, que era lo que restaba, embolsó à un lado de las Lineas, con el orden, y designio, de que en estando bien encendida la Batalla, cercassen à los nuestros, entrandolos por la Retaguardia, de modo, que se hiziesse inevitable su ruina: prevenciones dignas de Capitan menos Barbaro, si no las huviera aprehendido de nuestros Soldados, con escar-

Q

mien-

miento propio en la Rota del Danuvio.

Estas encontradas disposiciones; con que en vn Campo se prohibia la Batalla, y en otro se prevenia, se llevaron la mayor parte de la mañana. Corrian adelante sus horas, y serian ya las diez, quando sobre vn pequeño Collado, que hazia frente a la emboscada del enemigo, aparecieron cinco Soldados de à cavallo; bien prevenidos de arcos, y flechas; que al principio se tuvieron por Cruzados de nuestros Esquadrones, y luego por los efectos se echò ver eran Angeles, y Campeones de la Milicia Celestial, embiados de focorro à los Christianos por el Dios, y Señor de los Exercitos. Descubrieron los de la Plaza desde la eminencia à los Soldados, venidos del Cielo; y con su vista fuè tanto lo que creció en los coraçones de todos la ofadía, y el impetu de acometer à los Turcos, que quantos podian lograrlo, se arrojaban por las Murallas del segundo Castillo, donde ya estaban recogidos, y cerrados desde el Vando, que se publicò: y sin temor de la muerte, que en èl estaba amenazada, se iban encaminando al collado, donde los Cruzados Celestiales se descubrian. Capistrano, y Huniades, puestos en el Campo à la otra vanda del Savo, observaban todo lo que sucedia en el Castillo, no sin grave dolor de vn rompimiento, al parecer, de fatales consecuencias. Para atajarlas, y antes que tomassen mas cuerpo, resolvió el General (como medio mas eficaz, y prompto) que el Siervo de Dios passasse el Rio en vn ligero Batel; y con su presencia, persuasiva, y autoridad refrenasse tan precipitada resolucion. Executòlo con intrepida animosidad, acompañado solamente de vn Sacerdote Secular, que le servia de Alferrez, y dos de sus Religiosos, con otros dos preciosos

Remeros. De esta forma solo, y desarmado, passò el Rio con manifesto riesgo de su vida; porque estaban a la vista, y muy cerca de las Guardias abançadas, y Batidores del enemigo. Mas el Altísimo, en cuya proteccion vivia seguro su Siervo; diò pùso por admirable modo, que el Batelillo, con las seis personas que contenia, se figurasse à los ojos de los Turcos todo nuestro Exercito: aprehension, que les hizo retirar, tan conternados, y confusos, como profeguan los nuestros alegres, y animosos. Poseído el Santo de los afectos, que avia encendido en su coraçon lo singular de este prodigio, subia à la eminencia con tanta velozidad, que no podian darle alcance los de su comitiva: si bien no fuè mucho no pudiesen seguir à vn fuego, que bolaba àzia su Esfera. Llegò al Fosso, y con las llamas, que aún no se avian apagado; cebadas en las faginas desde la funcion del asfalto, avivò mas el incendio de su pecho, descubriendo, y tocando palpablemente entre tanta multitud de Barbaros abrasados, el peligro tan fatál, de que Dios N. S. avia librado à los suyos. Desde aqui, sin embarazarle con estos afectos, algò al Castillo los ojos; y viendo, que se continuaba el arrojamiento de los Cruzados, de los quales eran ya muchos los que estaban fuera: gritaba, y hazia quanto le era posible, ya con voces, ya con señas, para que se bolviesse à la Plaza. Mas ellos (ò maravillosas invenciones del saber, y poder de Dios!) perdiendo la voz del Santo entre el estruendo de los tambores, y clarines, con que tocaban sin cesar al arma; y atendiendo solo à las señas, las entendian al revès, juzgando, que les llamaba con lo mismo; que les persuadia la detencion. Por esta causa mientras mas, y mas esfuerzos, y conato ponía, para detenerlos; mas presurosamente se venian à él: lle-

llevandolos Dios derechos al intento de su Providencia por el rødeo de tan graciosa casualidad.

## CAPITULO XII.

TRABASE LA BATALLA: Y ROMPE el Siervo de Dios con solos cinco mil Cruzados las formidables Lineas de los Turcos.

Confuso Capistrano con el contrario efecto de sus diligencias, y sin saber qué medio tomar, para impedir el peligro, que crecia por instantes; bolvió la cabeza àzia el collado, donde aparecieron los cinco Cruzados: y reparò, que estos con sus arcos, y flechas cargaban à los Turcos, de la emboscada tan denodadamente, que à pocos lances rompieron las filas, y hasta desvaratarlos del todo, quedando muchos de ellos muertos en la escaramuza. Los demas huian à buscar su Campo: pero con tanto desorden como desaliento; porque hechos los cavallos arbitros de la carrera, sin la sugencion del freno, se atropellaban vnos à otros, y precipitaban à muchos Barbaros, arrojandolos de las filas. Y en fin, à los mas, ò casi todos, los que no cayeron de los cavallos, se les cayeron de las manos las armas.

Las prodigiosas circunstancias de tan raro suceso motivaron la admiracion, y suspension del juicio en el Santo; y descendiendo esta vez desde la admiracion al discurso; empezó à combinar todas estas cosas: la ofadía de los Cruzados, la consternacion de los Turcos, los prodigios del asfalto, la Victoria del Danuvio, y la especial revelacion de Dios, con que estaba asegurado del feliz exito de esta guerra. De todo lo referido sacò por conclusion recogerse dentro de su interior aquel breve rato, que le permiti-

tia la vrgencia del empeño; para pedir, y alcanzar de Dios el acierto de la resolucion en materia tan ardua. Recogido dentro de sí, derramò su coraçon como agua en la Divina presencia, cifrando toda su peticion en lo ardiente de vn suspiro; que suelè ser la abreviatura, con que los Santos se entienden con Dios en sus aprietos.

No bien hubo acabado su Oracion, quando se hallò revestido de la virtud de lo alto, y cenido de nueva fortaleza, tan superior à todo temor, y duda, que sin poder contenerse; prorumpió en estas palabras: Venid, hijos, venid; que este es el día, destinado de la Divina Misericordia, para el total exterminio de los enemigos. Este es el día de nuestro gozo; este, el día de nuestra salud; este, el día de nuestra Victoria; este es el día de la gloria del Señor. Pasemos, pasemos al Campo sin detenernos; armados con la espada del zelo, y el escudo de la Fè, que son las principales armas de nuestra Milicia. Vamos, que la invencible mano del Señor pelea por nosotros. Dixo; y para que mejor le entendiesse, los que estaban mas distantes, tomó la Vándera, que tenia el Alferrez, y con ella en vna mano, y en la otra el Báculo, coronado con el Nombre de Jhsvs; que le servia de Baston; se encaminò àzia las Lineas del enemigo, repitiendo à gritos alentados de su fervor: Viva Jhesus, viva Jhesus, y su Santa Fè. Sirvió esta demostracion à la ofadía de los Cruzados; de lo mismo que la espuela al generoso potro, quando corre desbocado en la carrera; y siguiendole todos quantos hasta entonces avian salido del Castillo, que serian tres mil, se fueron con él. Los demas, que quedaron en la Plaza, reperian sus diligencias para insalendo; y quantos lo conseguian, se

se encaminaban al Siervo de Dios: y así sucesivamente creció el Cuerpo de nuestra Gente, desde el principio, hasta el fin de la Batalla, al numero de cinco mil hombres. Estos fueron solos, los que pelearon en esta última función: no todo el Exercito de los Christianos, como por falta de verdaderas noticias escribieron algunos Antiguos: y yo lo haré poco menos que evidente en lugar mas oportuno.

Por esto, con el pequeño, y casi desarmado Esquadron de los tres mil Cruzados; sin mas arte de Milicia, que el instinto del Espíritu Santo, se puso el bendito Caudillo con intrepido valor à la vista, y à la frente del arrogante Mahomet. Esperabale ya este formado en Batalla con todo el formidable Grueso de los docientos mil Turcos, que componian las dos Lineas, como arriba dixé. Y entretanto que el Barbaro estremecía la Campaña con el estrepito de clarines, y tambores, tocando al arma sin cessar: el Siervo de Dios encendia mas alentadamente el ardor de su espíritu, y la fortaleza de sus Soldados, con lo mismo que pudiera desmayarse: Veis esta multitud (les dezia en imitación de aquel gran Capitan Judas Machabeo) veis esta multitud de enemigos del Señor, que tenemos à la vista? Pues no la temais; que si su numero es grande, mayor es nuestro valor; mayor es nuestra Fè; mayor la justicia de nuestra causa; mayor el poder de Jesu Christo. Y diziendo lo demás con la Vandera, y el Baston, se entrò por medio de los Barbaros, rompiendo la Banguardia, y penetrando con aquel prodigioso impetu todo el fondo de la primera Línea. Dispararonle innumerables balas, y factas, pero sin efecto; porque mal podia ofender el azero, ni el plomo, al que gozaba en carne mortal tan-

tos fueros, y privilegios de espíritu.

No quedó el prodigio en esto; porque fueron muchos los Barbaros, que cayeron muertos, heridos de los rayos de luz, que disparaba su rostro, y el escudo de la Vandera, en que estaba bordado el Dulcísimo Nombre de JESVS. Al exemplo del Santo entraron los Cruzados por la calle, que avia hecho en las Filas con tan estupefando prodigio; y atacaron à los Barbaros tan valerosa, y precipitadamente, que aun no les dieron lugar al disparo de la Artilleria. Con esto casi sin resistencia, y con vna fuga mal disimulada en retirada, cedieron la Artilleria, y el puesto, y se incorporaron, ò amontonaron en su Retaguardia.

Rota, y desordenada la primera Línea por modo tan admirable, tuvieron poco que hazer los nuestros, para romper la segunda; porque ya peleaba poderosamente contra los Barbaros su mismo pavor, y desorden. Forçados, empero, de las amenazas de su Capitan, y Emperador Mahomet (en cuya casi postrada ferocidad todavia latia la soberbia) se bolvieron à formar, y hizieron frente à los Cruzados segunda vez. Mas estos, que ya avian añadido à las fuerzas de su zelo todas las que les diò la felicidad del primer abance, y otro nuevo razonamiento de su Santo Caudillo: bolvieron à cargar à los enemigos aun con mas impetu que la vez primera, formando vn estruendoso, y continuado sonido à manera de trueno, de todas las voces unidas, con que aclamaban, y victoriaban al Santísimo Nombre de JESVS. Diò el Señor en esta ocasion tanta virtud à estas voces, que (como en tiempo de Samuel) aterraron à los enemigos; y faltos de valor, y de consejo, ni podian, ni aun sabian resistirse, hasta que la mortandad, y estrago, que hazian en ellos las espadas de los

Cru-

Cruzados le hizo dar con la fuga. Bolvieron en fin las espaldas ignominiosamente los que quedaron en pie, y corrieron à buscar en sus trincheras la seguridad. Llenaronse estas de gente, y de confusión; viendose ya poco menos que derrotados. Los bramidos con que se desfogaba el corage en vnos, y los alaridos en que prorrumpia el dolor en otros; poblaban el ayre, y llegaban, no al Cielo, sino al abyfmo, que en horrores defentonados les echaba el contrapunto.

Bien diferente era la harmonia, que resonaba en nuestros Esquadrones, viendo ya los Cruzados rotas, y deshechas las Lineas de los Barbaros; y en su poder los docientos tiros de Artilleria, y demás despojos; sin tenerles de costa la Victoria; no solo alguna vida; pero ni aun vna gota de sangre, prodigio (aunque no sin exemplo en las Batallas de los Machabeos) siempre digno de nuevas, y grandes admiraciones! En esta consideracion los Soldados con su bendito Adalid, se deshazian en afectuosas alabanças del Dulcísimo Nombre de JESVS, à cuya poderosa virtud, y eficacia, reconocian toda la gloria de tan inmensa dicha. Para el desahogo de estos afectos permitió el Santo à su gente vn breve rato de tiempo, en el qual tambien descansaron los braços; no de la pelea, sino de la mortandad.

#### CAPITULO XIII.

*ACO METE VLTIMAMENTE Capistrano à los Enemigos en sus Trincheras, hasta la completa Victoria con estupefandos prodigios.*

YA que huvieron descansado, resolvió continuar la empresa el bendito Caudillo, antes que con la

luz del día se les fuesse de entre las manos la ocasion de la Victoria. A este fin (para que el triunfo fuesse mas glorioso) se valió de las mismas armas, que el enemigo avia dexado en el Campo para acometerle con ellas, y acabar de exterminarle. Tomando, pues, nuestros Cruzados los mosquetes, y Artilleria de los Turcos, se fueron intrepidamente à ellos; capitaneados del Siervo de Dios. Estaban ya los enemigos atrincherados; animados algun tanto con aquel esfuerzo, que suele dar el corazon à los brazos en el apriero de la última necesidad. Por esta razon, y por la ventaja del puesto pelearon en este último lance con obstinada porfia; y dieron hartò que hazer al Santo; pero nada que dudà, porque eran las fuerzas de su Fè mayores que toda ponderacion.

Esperaron en fin à los nuestros; que à la señal de su bendito Caudillo dispararon la Artilleria, y affestada à las trincheras, Resistieron los Turcos por largo espacio de tiempo; hasta que vencidos de nuestras continuas baterias, huvieron de ceder el puesto. De vnos lances en otros vinieron al estrecho de espada en mano, en que logran los Christianos todos los golpes, que perdian los Turcos; y estos los perdieron casi todos. Porfiaba Mahomet en enmendar su desgracia con la multitud de su gente; y se hazia argos, y se deshazia volando de vna à otra parte con su cavallo; para lograr el designio de cercar à los nuestros, y acometerles por la Retaguardia. Pero con igual, sino con mayor velocidad, y destreza rebatia todos sus conatos el Santo Caudillo: *no alentando, ni dispeniendo, ni mandando abançar, ni haziendo retroceder à su gente; para que ni los cortassen, ni los cercassen los Turcos; como el mismo Siervo de Dios*

Dios

Dios lo confessa en la carta , que despues de la Batalla escrivió al Sumo Pontífice.

Entre esta variedad de encuentros , y reencuentros , se estava indecisa la Victoria mas de quatro horas ; lidiando vnos , y otros por ella ; pero siempre con grande mortandad de los enemigos , y con alguna , aunque poco considerable de los Cruzados : Iban ya faltando à estos las fuerças , y la luz del dia , quando el bendito Capitán , casi enojado fantamente consigo mismo de averse detenido tanto , reconcentró en su corazon todas las fuerças de su Fè : y fixa la esperanza en la virtud del Nombre , y Cruz de N. S. Jesu-Christo , se entrò por medio de los enemigos , vibrando contra ellos el baculo , y diciendo fervorosamente : *Ecce Crucem Domini : fugite partes adversa : vicit Leo de Tribu Juda. Mirad la Cruz del Señor : huid partes enemigas : venciò el Leon de Juda.* Con estas palabras , que arrebatado de su fervor repetia sin cesar , y haziendo con el baculo en el ayre la señal de la Santa Cruz , rompiò las filas de los Barbaros con mayor estrago , y mas felicidad que la de Eleazar , quando penetrò con espada en mano el Exercito formidable de Antiocho , para quitar la vida à la bestia , en que presumió , que se hazia fuerte el Rey , digno assumpo de la gravissima ponderacion de San Ambrosio : cuyas palabras pongo à la margen , no tanto para apoyo de mi narrativa , quanto para admiracion de su eloquencia . Dixe , con mas felicidad : por què Eleazar en su generosa haziaña perdiò la vida , y no logró el intento tan completamente como su valor le avia meditado : Pero Capistrano logró el intento , y la cabal Victoria , sin perder la vida ; porque cortando el Exercito Barbaro , hasta

Quanta virtus animi primo in mortem non timet ; deinde circumfusis legionibus inimicorum in confertis reperitur hostes medium penetrare agere , & contempta morte ferocior abiectione clypeo , utraque manu vulnerata molem bestie subiret , ac suis cinere : post infra ipsam succedat , quo pleniori feriret illis ; cuius ruina inclausus magis , quam oppressus suo sepulchro tribu. D. Amb. lib. 1. de Offi. cap. 40.

pendo) instantaneamente vna bala de mosquete hirió al sobervio Emperador en el costado siniestro , y fuè la herida el punto final de la batalla.

Luego que se sintió herido , dexò cubrir su corazon de vna mortal tristeza , que à pesar de su arrogancia le hizo bolver las riendas al cavallo , para buscar en la fuga el lenitivo de su desgracia . Poco tuvieron que hazer para seguirle , los que antes lo huvieran hecho , sino temieran mas que la ignominia de la fuga , la irritada ferocidad de su Emperador . Derfordenados , en fin , y confusos , bolvieron las espaldas , siguiendo la huída por nueve dias continuos ; poseídos de vn terror panico ; y azorados de vna vivissima apprehension ; de que iba sobre ellos vn formidable Exercito de gente nuestra . No era así en la realidad ; porque ni Capistrano , ni los Cruzados se movieron del Campo , impossibilitados al alcance , tanto por falta de Cavalleria , como por la de las fuerças , que avian quedado muy quebrantadas con la lid de casi todo el dia . Pero los efectos verdaderos dieron fundamento à la apprehension de los Barbaros ; pues de estos quedaron muertos en los nueve dias de la fuga mas de veinte y quatro mil : vnos , porque caian precipitados de los cavallos en la carretera : otros , porque al passar los Rios los arrebataban las corrientes : otros , porque rendian el aliento , y sufocados de la sed , y del calor ; y muchos , porque (segun refiere Bonfinio) eran heridos por los Santos Angeles , que se aparecieron en forma visible de Soldados de acavallo .

Entre tanto que los Barbaros continuaban su fuga , y su ignominia , los nuestros se quedaron gozando de la Victoria con aquella alegría , que suelen tener los vencedores , al repartir los

Vading. ad ann. 1456. n. 86.

Vase Cap. 15. de este Libro.

Domini dedit in manus paucorum eum ferocis , multissimi , & Innumerabilis exercitus eum maxima strage victoriam , ultra quam mens possit estimare humana . Dominus enim stratis , & petrus in praelio super omnes exercitus , & irrannos , qui Mediam , & Orientales populos ad numerum locustarum in manus tradidit : Gedeon cum trecentis viris : Onia quoque sacerdoti eum mo contra alle-

los despojos . Estos fueron tantos , que apenas caben en lo creible : y solo hará de ellos algun concepto , el que considerare con algo de comprehensíon , quanta es la entera Rota de vn Exercito de quatrocientos mil Turcos . De estos los q murieron desde el principio hasta el fin de la Campaña , segun el computo de algunos Historiadores , fueron cerca de cien mil . Este numero tengo por mas verosimil entre la variedad de opiniones , con que los Escritores discurren sobre esta materia : cuyos dichos , al parecer discordes , pueden conciliarse facilmente , entendiendo à los que le acortan , de sola alguna de las funciones de esta guerra , como consta de los contextos de sus narrativas : y à los que le alargan , de todas las funciones juntas .

Este fuè el dicho fin de vna Campaña , que ( como confessa Calixto III. En Bula expedida al Rey Christianissimo ) puso en continuo susto à la Iglesia , y casi en la vltima consternacion à la Europa . Esta la Victoria , à cuyas admiraciones ( entictamen de San Antonino de Florencia ) viene muy estrecha la capacidad del entendimiento humano . Este el glorioso triunfo de la Fè ; Corona de las hazañas de S. Juan de Capistrano , y decoroso lustre de su Madre la Seráfica Religión . Esta la virtud , y la fuerza , la gloria , y la alabanga de aquel Cordero Leon , que por Salvador de su Pueblo , tiene por Nombre *Jesus* . Este el traslado ( si no el compendio ) de aquellas maravillosas Victorias , en que resplandeciò la poderosa Diestra del Altissimo desde Abraham à Moyses ; desde Moyses à Josuès ; desde Josuè à Gedeon ; desde Gedeon à David ; y desde David à los Machabeos . Estos , en fin , los prodigios , que puso el Altissimo sobre la tierra , quando rompiò los arcos , quebrantò las armas , y

abrasò los escudos de sus enemigos , para exaltarle entre las Gentes todas , y quedar conocido por Dios , y Protector singular de aquellos , que fixan las esperanças de las Victorias en el poder de su invencible Diestra .

CAPITULO XIV.

ENTRA S. JUAN DE CAPISTRANO victorioso en Belgrado : Escrivo al Papa la felicidad de la Victoria : Y su Santidad le responde dandole las gracias , y alentándole , para que prosiga la empresa .

NO con mas gloria recibí Athenas en triunfo à su Defensor Alcibiades , despues que con vna , y otra Victoria Naval , y Campal domò gran parte de la Asia ; que Belgrado à su Libertador Capistrano , quando dexando derrotado por tierra , y agua el Exercito de Mahomet , se bolvíò victorioso à la Ciudad . Deramóse toda fuera de las Murallas , para recibirle ; y derramóse tanto en los aplausos del Siervo de Dios , que hizieran segunda guerra , y muy peligrosa à su Alma , si su humildad ; de muy exercitada en semejantes conflictos , no tuviera como assalariadas las Victorias . Miraban en èl los Ciudadanos à vn tiempo la libertad de sus honras , de sus vidas , de sus hazienas , de su Patria , de su Reyno , y de la Religión . Y perdiendo el juyzio entre el regocijo , y reconocimiento de tan grandes beneficios , prorrumpien en estrafñas demonstraciones de agradecimiento . Lo menos era llamarle à boca llena , y à voz en grito : *Santo , hombre baxado del Cielo ; Angel de paz , nuevo Gedeon de Dios , y otros epithetos semejantes* . Todos ellos le profundaban mas en el centro de su nada , y servian de nuevo fomento à su

hidorum , Templum sanctum trophanare molientis , praeficiam tribuit & invocant : pro fidelibus contra infidelissimos hostes miraculose pugnabit . D. Antonin. tit. 22. ca. 14. §. 1.

Venite , & videte opera Domini , quae posuit prodigia super terram , auferens bella usque ad finem terra . Arcum conturbet , & confringat arcum ; & sicut comburunt igni . Pacate , & videte quomodo eg sum Deus : & exaltabor , in conspectu , & exaltabor in terra . Pl. 45.

Alcibiades , praefica navali gloria vindicata , aditissimam laudem terrarum bellicis , deshaerens crebris suis crebris reverteretur . Ad inde redemptis exercitiis triumphu effusa omnis multitudine obvium procedit : & universos quide milites , precipue tam adhibenda , parat ut in omne oculo Christi avit versis hunc sajgon ora conversi . Et quasi de Caelo missum , & ut ipsam victoriam invenitur , Justin. lib. 5. ca. 4.

su corazón para volar à su esfera, abraçado en las purísimas llamas de la caridad. Pero rezelofo el Siervo de Dios de los insultos del amor propio, se hurro lo mas presto que pudo à estos aplausos; y con el pretexto de tomar el necessario descanso, hizo lugar, para dar noticia de la Victoria al Supremo Padre, y Pastor de la Iglesia. No quiso dilatarle, ni por vn instante el gozo, que con tan alegre nueva avia de recibir: atencion, à que no pudieron faltar los primores de su reverente Política, sin que tanto tropel de ocupaciones se la quitasen, ni de la memoria, ni de la pluma. Despachó, pues, vna Posta en el mismo dia de la Victoria à Calixto Tercero con la siguiente carta, que fue la piedra de escandalo, en que tropezaron los emulos, como veremos despues.

„ A nuestro Beatísimo Padre, y Señor Calixto Tercero, desea gozo, y alegría Fray Juan de Capistrano, del Orden de los Menores, &c. Beatísimo Padre, gloria à Dios en las Alturas, de cuya misericordia nos viene, que no nos hallemos todos destruidos. Porque à la verdad llegó à tan alto punto nuestra tribulación, y nos vimos cercados de tantas angustias, que todos se persuadieron, eran incapaces de resistencia las fuerzas de los Turcos. Y aun el mismo Capitan Huniades (realmente terror de los Turcos, y fortísimo defensor de los Christianos) hizo juyzio, debiamos abandonar el Castillo de Belgrado. Porque los fierísimos Mahometanos batian la Fortaleza con tan continuada, y fuerte pertinacia; con tantas máquinas demolian los Muros; y tan terriblemente combatian à los nuestros, que ya faltaban las fuerzas, y llegaron à la última confusión los Cabos principales. Pero

„ en medio de la tribulación nos vivió, ficó el Señor; porque aviendo sido rechazados de la Ciudad en el asalto, salto los enemigos; como estos fierísimos simulassen la fuga, y arriassen vna Celada, para coger en ella à los nuestros, caso que hiziesen salida: aunque el Señor Huniades previno con su mandato, que ninguno saliesse del Castillo; tavieron los Cruzados poca cuenta con este precepto: y arrojandose à los Turcos, se expusieron à grande peligro.

„ Yo, emperó; mínimo Siervo de V. S. no pudiendo refrenarlos desde los Muros, baxé con ellos al Campo; y discurriendo de vna, à otra parte, ya les hazia retroceder, y ya les mandaba abançar, y à les forçaba de modo, que los enemigos no lograsen acometerlos por la Retaguardia. Y finalmente el Señor, que tan poderoso es, para vencer con pocos, como con muchos, nos puso en las manos la Victoria misericordiosamente, y desbarató el cruelísimo Exercito de los Turcos, hasta ponerlos en vergonzosa fuga. Quedaron los nuestros apoderados de toda su Artilleria, y maquinas diabolicas, con que presumian ellos sujetar debaxo de sus pies à toda la Christianidad. Alegrese, pues, V. Santidad en el Señor, y mande, que à su Magestad se le de la alabanza, la gloria, y el honor: porque el solo ha hecho estas grandes maravillas. No yo, defarnado, è inútil Siervo; ni los pobres, y rudos Cruzados, devotos Siervos de V. Santidad, con solas nuestras fuerzas pudimos obrar estas hazañas. El Señor Dios de los Exercitos es el que lo ha hecho todo: à él sea dada la gloria en los siglos de los siglos. Esto escrivo breve, y apresuradamente, al bolver fatigado de la

„ Ba-

„ Batalla: escriviire distintamente, y con mas extension todas las cosas, en particular, lo mas presto que me sea posible. De Belgrado en la fiesta de Santa Maria Magdalena; el dia mismo de la gloriosa Victoria.

Videatur  
Vovading.  
tom. 6. ad  
an. 1456.  
n. 58. &  
sequent.

No puedo menos de notar aqui, antes de passar adelante, el error que padecieron Palmerio, Paulo Langio, Suarez, y otros; escriviendo averle dado la Batalla el dia seis de Agosto; movidos precipitadamente de esta conjetura: Que Calixto Tercero instituyó; ó restableció en la Iglesia el Oficio, y Misa de la Transfiguracion; señalando à su culto el referido dia seis de Agosto; en memoria de Victoria tan feliz. Padecen, digo, error; porque aunque es verdad, que para memoria perpetua de tan grande beneficio, el Papa Calixto Tercero restableció (como quieren vnos) ó instituyó de nuevo (como quieren otros; y yo tengo por mas probable) la Fiesta de la Transfiguracion del Señor, señalando para ella el dia seis de Agosto: no fué porque en este dia se ganó la Batalla; sino porque en él recibió el Pontifice la primera noticia de ella, que se la adelantó Capistrano por medio de la Carta, que dexo traducida. El día, pues, de la Batalla fué el veinte y dos de Julio, en que se haze la Fiesta de la Bienaventurada Santa Maria Magdalena; como el Siervo de Dios lo dize en la data de su Carta; y lo constestan otras Bullas, y Relaciones de testigos oculares. Si los Autores citados huvieran tenido à la vista estos instrumentos, ó les huvieran dado la fe, que merecen; no tropezaran en el escollo de algunas imposturas del Santo: las quales creo escriviéron mas por falta de verdaderas noticias; que por sobra de intencion. Mas porque este assumpto necessita de especial

Parte V.

examen, le trataremos de intento despues.

Otras Cartas repitió Capistrano à Calixto, de las quales algunas, ó por incuria de nuestros Escritores, ó por injuria de los tiempos, no parecen. A todas dió puntual respuesta el Pontifice por multiplicados Breves; concediendole nuevas gracias en premio de sus servicios, y alentandole à la prosecucion de sus santas, y fervorosas empresas. De estos Breves pondré aqui solamente el primero; para que por él conste el conzepto, en que quedó el Siervo de Dios para con el Pontifice; aún despues de la Victoria; y quan arrojada procedió la emulacion en las imposturas; con que procuró deslucir la fama de este Ilustísimó Heroe. Dize el Breve así.

„ Al Amado Hijo Fray Juan de Capistrano, &c. Amado Hijo, salud, y Apostolica bendicion. No dudamos, que para conseguir esta gloriosa Victoria contra los Turcos, ha sido grandemente importante tu devoción; cooperando à todo; tanto con la persuasión, va de tus palabras; como con el exemplo de tus obras; y así lo tenemos repetidas vezes entendido por relacion de muchos, y muy principalmente por la de nuestros Legados, que en estas partes asisten. Por lo qual; aunque en primer lugar tendimos eternas gracias à Dios Omnipotente, de cuya liberalidad hemos recibido vn beneficio tan grande: tambien agradecemos tu ferviente conato en esta empresa; por cuyas diligencias; y aplicacion los animos de los Christianos se fortalecieron por la resistencia; y llegaron à la execucion todas las demás cosas, que así àzia lo privado, como àzia lo publico, sirvieron de

P

„ gran-

Vovading.  
ad ann.  
1456.  
n. 58.

Vovading.  
ad ann.  
1456.  
n. 60.



grandissima utilidad. De todas estas tus obras fantasma, será Dios (por cuyo amor las hazes) tu verdadero premio: y nosotros siempre tendremos en la memoria tan particular servicio. Aconsejamos, empero, à tu devocion, y con todo el coraçon te reconvenimos, llevadas adelante constantemente la empresa, que tienes entre manos: y que aora principalmente quando nuestro Redemptor, movido à misericordia sobre su Pueblo, ha tenido por bien hazerle Capitan de la Victoria, y ofrece amplissima ocasion, para renovar la gloria de su Santo Nombre en estas partes mismas, donde la tenia borrada la impiedad de los Barbaros: refucites nuevamente tu espiritu, y no ceses de dia, ni de noche de asistir à nuestro Amado Hijo Juan Diacono Cardenal del titulo de Sant-Angelo, Legado de la Silla Apostolica, cooperando con tu santo zelo à los empleos de su Legacia. Y con la gracia, que liberalmente se te ha comunicado del Cielo, no hagas pausa en exortar à los Principes, à los Barones, à los Nobles, y à los Pueblos de todo el Reyno de Hungria, figan la Cruz de Jesu Christo, que les tenemos embiada; que vayan sobre el enemigo, vencido ya, y derrotado; y que ofrezcan al Altissimo este Sacrificio lleno, y perfecto, pues es de tal condicion, que puede producir vna seguridad perpetua al referido Reyno de Hungria, y à toda la Christianidad. Nosotros, sin intermision alguna obramos quanto podemos: y ya tenemos en la parte del Oriente, segun lo prometido, desde el ultimo dia del Mayo pasado al Legado con nuestra Armada, que va siguiendo su rumbo, hasta lograr la mas oportuna ocasion de vnirse con el Exer-

cito Campal, para adelantar la Victoria. Demas de esto, no dexamos de la mano ya por Letras, ya por nuestros Nuncios, el exortar à todos aquellos Principes, y Potentados Catholicos, de quienes hazemos juyzio pueden ayudar en algo; que aora, quando ya el poder de nuestro Dios nos ha abierto el camino de la salud, se empeñen poderosamente en extirpar, y quebrantar de todo punto toda la Raza de los Infeles. En lo qual, o Amado Hijo, coopera à nuestros intentos, en quanto te fuere posible. Dado en Roma en Santa Maria la Mayor à veinte y cinco de Agosto de mil quatrocientos y cinquenta y seis, en el año segundo de nuestro Pontificado.

## CAPITULO XV.

*INSTITVTE CALIXTO TERCERO la Fiesta de la Transfiguracion en memoria de la gloriosa Victoria de Belgrado: T escreve à los Principes Christianos, para que la celebren, con nuevo esplendor de la fama de San Juan de Capistrano.*

Estilo es ya corriente en la Santa Iglesia (y lo fuè tambien en los tiempos de la Ley antigua; como consta de los Libros de los Reyes, y los Machabeos) establecer publicos, y solemnes cultos anuales, en que à pesar de los tiempos, y del olvido, vivà siempre fresca la memoria de las illustres Victorias, con que favoreció à su Pueblo la Soberana Diestra del Altissimo. No quiso Calixto Tercero, que à la Victoria de Belgrado, conseguida à meritos del

Sier-

Siervo de Dios Capistrano, la faltarle esta circunstancia, que la hiziese mas plausible, y la fixasse indeleblemente en los corazones de los Fieles para el agradecimiento. Instituyó à este fin la Fiesta de la Transfiguracion del Señor con Misa, y Oficio para el dia seis de Agosto, en que recibió la primera noticia de la Victoria, como arriba queda insinuado.

Para mas celebridad concedió, que todos los que asistiesen à las Horas Canonicas de este dia; lograsen las mismas gracias, è indulgencias, que consiguen, los que asisten al Oficio del Santissimo Sacramento en el dia de su Fiesta. Ya di à entender arriba ser punto controvertido entrè Escritores Ecclesiasticos, si la Fiesta de la Transfiguracion instituyó Calixto, o solo la restableció por estar antiquada. Vna, y otra opinion tiene gravissimos Patronos, y no leves fundamentos en que apoyarse. Puede verlo todo el Curioso en el Tomo Sexto de nuestros Annales al año de mil quatrocientos y cinquenta y seis, num. 69, pues basta para mi intento (y para no pequeña gloria de S. Juan de Capistrano, y de mi Serafica Religion) saber por cosa sin duda, que con la ocasion de esta Victoria quedó firme, y perpetua en toda la Iglesia Catholica la Fiesta de la Transfiguracion del Señor.

No se contentó el zeloso Pontífice con dexar memoria perpetua de tan glorioso triunfo en la Fiesta anual establecida: sino que se estendió à solicitar por medio de sus Bulas, que se celebrasse publico, y solemne hazimiento de gracias à la Magestad Divina en todos los Reynos de la Christianidad. Con este motivo estimulaba nuevamente (segun las persuasiones de Capistrano, que las re-

Parte V.

petía desde la Hungria) à todos los Principes Catholicos, à fin de que tomassen las armas contra el Turco, para lograr la ocasion de exterminarle, antes que se rehiziese, fabricando de nuestra omision el reparo de su ruina. Y porque de estas Bulas se contesta no poca parte de lo que dexó escrito en gloria del Siervo de Dios me he reducido à copiar, traduciendo la à nuestra Lengua, la que dirigió al Christianissimo Rey de Francia; y dize así.

Al Carissimo Hijo en Christo, Carlos Rey illustre; &c. Anunciando para gozo, y alegría de V. Serenidad aquella nueva feliz, que acabamos de recibir de la Hungria, y con la qual se recreó nuestro animo, descargandose de vn prolongado, è increíble dolor, y tristeza, embiamos à V. misma Serenidad, incluidas en las presentes, las copias de las Cartas, que desde allà nos han remitido. Por ellas podrá entender V. muy alta Magestad la gloriosa Victoria, que contra el cruelissimo Turco, así por tierra, como por agua ha concedido el Omnipotentè Dios à su Pueblo; y el exterminio, y la fuga feissima de los Barbaros. Rogamos; que por tan alegre, y gloriosa noticia rinda V. Magestad las debidas honras, y gracias à Dios immortal; con cuya soberana Potencia aun en medio de tan grande conflicto de los Christianos fueron suprimidas; y quebrantadas las fuerzas de los ferocissimos enemigos. Y en todo el Reyno de V. Magestad mande se hagan Procesiones, y Rogativas, con las quales (principalmente à vista de lo sucedido) podemos persuadirnos, que está movido àzia nosotros con su inefable piedad el poder de nuestro Dios. Porque si alguno se demyiesse à considerar

P 2

los

los fatales peligros, que amena-  
zaban al Orbe Christiano; si alta-  
mente contemplasse el innumerable  
Ejército de los enemigos; si hiziese  
finalmente juyciosa reflexion en  
la fiereza inhumana del mismo  
Turco, y en el obstinado empe-  
ño, con que salió à la Campaña,  
para poner debaxo de sus pies à to-  
da la Christimidad: confesará sin el  
mas leve asomo de duda, que nue-  
stro Dios immortal, inclinado à  
nuestros ruegos, y à los de otros  
Fieles de Christo, concedió à su  
Pueblo esta tan grade Victoria.  
Y nosotros convencidos, à que  
sin el Divino auxilio, eran las  
fuerças humanas incapaces de  
soportar la pesadumbre de tan  
formidable furor; en el dia de  
la Festividad de los Beatísimos  
San Pedro, y San Pablo, y en  
la misma Iglesia del Principe de  
los Apóstoles dispusimos se pu-  
blicassen Bullas de Oraciones: y  
ordenamos, que en horas, y  
dias señalados, así aqui dentro  
de la Ciudad, como en todos  
nuestros Dominios, y de la Si-  
lla Apostolica, se hiziesen Pro-  
cesiones, y Rogativas con to-  
da devocion: y estas Bullas, que  
se publicaron, y pusieron en exe-  
cucion por todo el Orbe Chris-  
tiano, tambien las remitimos à  
nuestro Legado, que tenemos en  
esse Reyno, aconsejando à los  
Fieles de Christo, que en peli-  
gro tan notorio, y vniversal, im-  
plorassen el Divino auxilio. De  
donde debemos creer piadosamen-  
te, que así por estas devotíssi-  
mas Oraciones, como por otras  
de particulares Fieles de Christo;  
Dios Nuestro Señor, cuya mano  
por nuestras graves culpas estaba  
sobre nosotros; movido à miseri-  
cordia, quando ya en los morta-

les faltaban las fuerças; y el con-  
sejo, resolvió debelar à los ene-  
migos, como gloriosamente los  
debétò: porque el Viernes antes  
de la Fiesta del Bienaventurado  
Santiago se dió la Batalla contra  
los Turcos, y se ganó la Victoria.  
Por lo qual es muy justo, que se le  
den al Criador los merecidos hon-  
nores, y debidas alabanças: el  
qual libertó à su Pueblo de tan fa-  
tal peligro; y restituyendo la fere-  
nidad, quando parecia mas difficil;  
desterrò las tinieblas, que à la San-  
ta Fè Catholica amenazaban la vi-  
tima obscuridad. Aconsejamos,  
pues, à V. Serenidad rinda à la Di-  
vina Magestad solemnnes gracias en  
la forma, que se ha hecho en Ro-  
ma, y que está mandado executar  
en toda la Santa Iglesia, &c. Así  
se puso en execucion; y por este me-  
dio magnificó la Providencia Divina  
la fama de su Siervo Capistrano, ha-  
ziendola resonar hasta los últimos  
confines de todo el Orbe Catholico:  
porque donde llegaba la voz de la  
Victoria, allí sonaba el nombre del  
Vencedor: y quedaron siempre fres-  
cos en sus sienes los Laureles de su  
gloria, por mas que intentaron abra-  
sarlos los rayos de la calumnia,  
como ya digo en el Capí-  
tulo siguiente.



## CAPITULO XVI.

DESVANECENSE LAS IMPOSTURAS,  
que publicó la Emulacion, para deslucir  
la gloriosa V. Etoria de  
Capistrano.

Quien de sano juicio pudiera  
persuadirse, a no tocarlo con  
la experiencia, que à vna ef-  
fera tan encumbrada como aquella,  
en que se hallaban colocadas las ha-  
zanas, y virtudes de nuestro Ilustríssi-  
mo Heroe; avian de atreverse los ti-  
ros de la emulacion, y los torbellinos  
de la malicia. Contribuyen à vn tiem-  
po mismo para engrandecerle, y cali-  
ficarle los Reyes, y Principes en ala-  
banças; los Pontífices en elogios; la  
Christiandad en aplausos; los Cielos  
en maravillas: y entre tan gloriosa  
Turba de testigos, que publicamente  
le abonan, no falta vna Serpiente em-  
bidiosa, que estreguido el cuello, abier-  
ta la boca, vibrada la lengua, cente-  
lleando los ojos, y abrafado de rabia  
el coraçon, alienta silvos de impostu-  
ras, y eícupe, ò vomita el veneno de  
las calumnias, para manchar, ò infi-  
cionar candores de tan esclarecida fa-  
ma. Pero cayó en la cara à la embidia  
su misma ponçoña; y quedando seña-  
lada con la mancha de su impostura,  
no sirvieron de otra cosa sus conatos,  
que de dar nuevos lustres à las hazas  
del Siervo de Dios: nada diferen-  
te de la lima, y de la piedra, que dexan  
à los metales mas hermosos, con  
aquellos mismos dientes, con que los  
muercen, y exercitan.

Vvading.  
ad ann.  
1456. n.  
51.

Tres fueron las imposturas, con  
que intentaron los Emulos deslucir  
la fama de Capistrano; procurando  
con todos los artificios de la malicia  
persuadir aver procedido en la Bata-  
lla temerario, inobediente, y ambi-  
cioso de gloria mundana, no sin per-  
Parte V.

juycio del General Húnlades. Como  
escusará; dezian vnòs; el arrojò de su  
loca temeridad; quien à vn Exercito  
formidable de mas de trecientos mil  
Turcos le acomete; y le embiste con  
solos cinco mil hombres; todos vi-  
soños, y casi todos sin armas? Como  
facará; dezian otros, la mancha de in-  
obediente; quando obra contra vn  
expreso precepto del Legado Pontí-  
ficio? Tenia este prevenido con ma-  
duro acuerdo, que ningun soldado se  
atreuiesse à salir à la Campaña: estaba  
publicado vn Vando con peza de  
muerte, que ninguno se arrojasse del  
muro: pues como no será inobediencia;  
te; como no será temerario; el que  
contra el Vando, y el precepto saca à  
los Soldados de las Murallas; para  
meterlos en tan evidente peligro? Ni  
el efecto milagroso de la Victoria era  
bastante satisfaccion à esta impostura:  
porque replicaban: que quiso obrar  
la Divina Bondad en beneficio de la  
Vniversal Iglesia por pura misericor-  
dia, y sin deobligarle de la temeridad,  
y desobediencia de los que pe-  
leaban; siendo no pocas vezes pri-  
mor de la misma Bondad Divina la  
permision de medios injustos, para  
el logro de santos, y relevantes fi-  
nes.

Empeñada así la emulacion en  
desfayrar el hecho heroyco de Capis-  
trano, ponía todo el estudio de su al-  
tucia, en confundir en el Santo la for-  
taleza con la temeridad; y diciendo,  
que los impulsos precipitados del tem-  
erario se arrojan con cierta furia de  
locura à mayores peligros; que los  
que acomete el fuerte; y alguna vez  
con precipicio tan favorecido de la  
fortuna, ò de la providencia; que los  
enemigos superiores en fuerças buel-  
ven la espalda al combate, dexándose  
en el Campo la Victoria: con que la  
Plebe tan novèlera, como ignorante,  
se derrama en aplausos del Vencedor.